

LENGUA Y COMUNICACION

por

J. ANTONIO GONZALEZ ALCARAZ

La primera obligación de un profesor de lenguas modernas es la de estudiar el lenguaje considerado como medio privilegiado de comunicación. La observación y el desmontaje de los mecanismos del lenguaje contribuyen a comprender con exactitud el mensaje que lleva consigo y a formular, él mismo, informaciones desprovistas de equívoco.

Gran número de querellas políticas o sociales no son más que el fruto de una incompreensión mutua, de una descripción incorrecta del mensaje del otro: hablan la misma lengua y, sin embargo, no llegan a entenderse.

Por lo mismo, ciertas dificultades en la enseñanza de materias científicas no son, en realidad, más que problemas de lenguaje, porque lo que sí es evidente es que la comprensión y la formulación exactas de nociones de cualquier disciplina exigen el conocimiento de los mecanismos del útil que les sirve de vehículo: el discurso.

En esta óptica, el trabajo que nos proponemos debería esclarecer el poco estudiado campo de los distintos niveles de lengua existentes en francés contemporáneo, y que son, las más de las veces, causa de grandes problemas de comunicación.

Es sabido que la lengua escrita y la lengua hablada son dos códigos de diferente estructura encaminados a transmitir el mismo mensaje, existiendo entre ellos una correspondencia.

La preocupación por esta correspondencia se manifiesta ya en el siglo XVI, adquiriendo en el siglo XVII, con Vaugelas, un carácter preocupante (1). La evo-

(1) Las *Remarques sur la langue française*, de VAUGELAS, y los *Sentiments de l'Académie sur le Cid* son el máximo exponente. También la *Grammaire générale*, de CONDILLAC, considera algunos aspectos de estas relaciones. Anteriormente, la *Défense et Illustration de la langue française*, de DU BELLAY, y el *Traité de la conformité du langage français avec le grec* daban por sentada la identificación de la lengua escrita y de la lengua hablada a través de unas reglas.

lución de la lengua hablada y la conservación de la escrita incidieron, cada vez en mayor medida, en la separación de ambos códigos.

Por otro lado, las gramáticas lógicas (en el sentido tradicional) y las psicológicas, así como las picosistemáticas (2), dan por entendido que el francés escrito y el francés hablado no son sino dos planos superpuestos de una misma cosa. La lingüística comparada, con sus estudios históricos, se apoyará principalmente en la lengua escrita a través de la cual se deduce la evolución de la lengua hablada. Será R. Barthes (3) el que tendrá el gran acierto de separar la lengua escrita de la lengua hablada, con la creación de una nueva definición de “estilo de la lengua escrita” o estilo propiamente dicho y “estilo de la lengua hablada” (4).

Esta distinción de funcionamiento diferente en cada uno de los códigos vale para todos los que utilizamos el lenguaje, en todas las clases sociales, sin excepción. Sin embargo, además de lo observado entre la lengua hablada y la lengua escrita, existen otros medios que permiten diferenciar un determinado número de niveles de lengua y que corresponden bien a la situación concreta psicossociológica del individuo o bien a una voluntad particular de su parte.

Ya desde la antigüedad grecolatina eran conocidas las oposiciones de estilo, tanto binarias (estilo elevado y estilo bajo) como ternarias (estilo sublime, estilo medio y estilo bajo). Eran en esencia oposiciones de vocabulario sujetas al dominio de lo estético y, más especialmente, de lo literario, situándose, por tanto, en el marco de un juicio de valor. Se trataba, más bien, de un reparto imperativo de palabras según los géneros literarios que de una relación entre los diversos niveles de lengua disponibles (5).

Lo que trataremos de ver a partir de aquí es cómo personas de un distinto nivel social emplean la misma idea, o describen el mismo objeto utilizando, en una misma lengua, palabras, giros y procedimientos diferentes, siendo este funcionamiento de la lengua en un individuo dado automático y espontáneo, como tendremos ocasión de comprobar (6).

(2) Destaquemos, entre otras, las de BRUNOT y DAMOURETTE, por un lado, y a GUILLAUME, por otro.

(3) *Le degré zéro de l'écriture*, Editions du Seuil, París, 1953.

(4) R. Barthes no hace sino poner de relieve un problema durante largo tiempo latente, del que las gramáticas han ido tomando conciencia poco a poco. Vemos cómo una gramática eminentemente normativa, cual es *Le bon usage*, de GREVISSE, hace una distinción ocasional y poco profunda entre lengua escrita y lengua hablada, y ello solamente en los apartados más cruciales como son los que se refieren a la formación del femenino y del plural. Más recientemente, una serie de artículos publicados en *Le français dans le monde* bajo el título de *La grammaire du français parlé*, bajo la dirección de A. RIGAULT, junto con estudios del francés coloquial, dan cuenta de una serie de investigaciones que no se habían llevado a cabo en este campo y que no son más que el comienzo. La lectura de estos artículos sugiere una información de la Semiología lingüística moderna en el sentido de que trata de llegar al establecimiento de un código correspondiente a los diversos mensajes de la lengua hablada.

(5) Cf. *La sémantique*, de P. GUIRAUD, Presses Universitaires de France, París, 1966, páginas 16 y ss.

(6) Es el caso, por ejemplo, de alguien que, por falta de cultura y de integración profunda

En el francés actual hay distintos medios para saber qué es lo que constituyen las diferencias de nivel. Puede ser, en primer lugar, la pronunciación. La articulación más o menos neta y precisa o el hecho de suprimir sílabas completas, el tono más o menos amanerado, rebuscado, distinguido, simple, etcétera, que no hay que confundir con el acento regional, que escapa totalmente a la voluntad consciente del hablante y no concierne, por supuesto, a los distintos niveles de lengua.

En un segundo caso habría que incluir la presencia o ausencia de ciertos términos o morfemas, cuya calidad puede variar notablemente en frases paralelas, es decir, equivalentes en el plano semántico. Tomemos, por ejemplo, el grupo adverbial negativo “ne... pas”, en el que podremos constatar su admirable maleabilidad, ya que lo mismo el primer término que el segundo desaparecerán, a voluntad, para incrustarlo en un determinado nivel, aunque es preciso añadir que jamás desaparecerán ambos términos simultáneamente, puesto que en ese caso el mensaje se transformaría en afirmativo y sería falso.

Hay que resaltar que en lo que se ha convenido el llamar la lengua popular y que no es sino un complejo de hablas populares, las palabras simples se pueden suprimir o agregar con relación a lo que podemos considerar frase “media”. Así, en los giros interrogativos concretamente, las redundancias son bastante frecuentes. Tal es el caso de:

Qui *que* c'est qui,
 Qui c'est-y *qui*,
 Pourquoi *que* tu ne le fais pas, etc.

No hay que caer en el error que consiste en creer que las hablas comunes o bajas proceden, de una manera regular, a una simplificación de la lengua por supresión de términos, ya que pueden con frecuencia incluir nuevos términos, con lo que surgen las llamadas faltas analógicas.

El tercer elemento de distinción entre los diferentes niveles de la lengua será, obviamente, la selección del vocabulario.

Para designar una cosa, o una idea concreta, existen en francés contemporáneo un gran número de términos más o menos sinónimos, que se emplean en el mismo lugar de la frase, pero de forma muy variable, siguiendo el nivel general del enunciado. Para expresar el concepto “manger”, por ejemplo, encontramos:

s'alimenter, se sustenter, se nourir, se restaurer, manger, dévorer, avaler, bouffer, bâfrer, etc.

Empleando uno u otro de estos verbos, el resultado será el mismo desde el punto de vista de la designación del acto, de lo que llamamos denotación,

pero la impresión sufrida por el perceptor será distinta, en razón de las diversas connotaciones (o resonancias de tipo psicolingüísticas o sociolingüísticas) que van unidas a estos elementos del lenguaje. Estas connotaciones hacen que al oír, o leer, una frase de un nivel concreto, se produzca, además del fenómeno de comprensión, un fenómeno de clasificación: clasificación del texto en un cierto género, si se trata de literatura, clasificación del autor, si se trata de una conversación corriente.

La sintaxis puede verse, como es lógico suponer, afectada por los fenómenos enunciados más arriba, de tal suerte que, por ejemplo, en conversación familiar, se prefiere la yuxtaposición de proposiciones o frases cortas y, sin embargo, un estilo sostenido admitirá, por el contrario, construcciones más complejas. Así, un conferenciante utilizará períodos largos formados a base de varias proposiciones subordinadas, encadenadas unas con otras, cosa que en una conversación más o menos familiar resultaría pedante, ridículo e ineficaz en lo que a la comprensión del mensaje se refiere.

La clasificación de los distintos estilos o maneras de hablar no se ha hecho, hasta el momento, según criterios científicos o, incluso, objetivos. Se han tratado, más bien, como una noción empírica que depende, en gran medida, de la subjetividad del individuo. La relatividad interna de estas distintas formas de habla llevan al resultado de que un determinado receptor recibe una frase como familiar cuando, en realidad, el que la pronuncia cotidianamente en su ambiente profesional o familiar le parece como absolutamente media. De ahí que numerosos factores socioculturales puedan influir en el juicio que se haga, en un sentido o en otro y, por tanto, en ello radica la ausencia de un estudio científico de estos distintos tipos de habla a los que nos estamos refiriendo (7).

En consecuencia, es imposible determinar el número exacto de posibles niveles de lengua. Aunque tampoco sea posible limitar ni aumentar indefinidamente estos niveles, es indispensable tomar en consideración su existencia si queremos hacer una recensión mínima de los numerosos fenómenos lingüísticos ligados a la psicología y a la sociología.

¿Es lógico y recomendable hacer un juicio de valor sobre las distintas hablas y su consiguiente jerarquización? Recordemos, a propósito, que la noción de norma es inherente a toda lengua que por definición es un instrumento de comunicación destinado a los individuos de una misma comunidad

en un determinado contexto social, no tenga a su disposición más que un nivel de lengua. En el caso de una persona culta y que domine los problemas del lenguaje gracias a unas determinadas adquisiciones, a facilidades de tipo particular o a cambios frecuentes de clase social, la voluntad del individuo interviene para escoger un nivel de lengua según el contenido del mensaje, la calidad o el nivel del interlocutor o, incluso, el simple capricho del momento.

(7) No obstante, es justo resaltar aquí los intentos, aunque dispares y sin una óptica que incida estrictamente sobre los niveles de lengua, los libros de A. SAUVAGEOT: *Français écrit, français parlé* y *Les procédés expressifs sur français contemporain*, el de A. DOPPAGNE: *Trois aspects du français contemporain* y el de P. GUIRAUD: *Le français populaire*, entre otros.

social: es, por tanto, absolutamente natural que unas reglas definan la legitimidad del uso.

En Francia la norma es como una pesada losa sobre el uso y el funcionamiento de la lengua; la importancia de la gramática es mayor que, por ejemplo, en España, y ejerce una tiranía que no deja de plantear graves problemas. Esto se explica por las condiciones históricas en las que nació la noción de "bon usage" (8).

Esta referencia es obligada si queremos comprender la importancia de la regla y de la norma en la Francia actual. Además, intentamos con ello explicar un fenómeno muy importante que caracteriza la situación de la lengua hoy: la existencia, en cierto modo, de al menos dos lenguas paralelas:

- La que la Academia, la escuela, la tradición intentan mantener conforme a normas antiguas, a la lengua literaria o al uso sostenido.
- La que, para responder a los deseos de comunicación de un país moderno de estructura democrática, ha evolucionado, y evoluciona, sin tener en cuenta reglas o prohibiciones que ya no se justifican o que no son más que trabas, lengua de comunicación hablada, lengua cursiva, lengua popular.

Sin embargo, sería un contrasentido decir que las reglas gramaticales son inútiles. Son, muy al contrario, un elemento esencial de la lengua en la medida en la que aseguran la cohesión del sistema y su funcionamiento. Tienen, en principio, un valor funcional y es, precisamente, lo que justifica su existencia. Pero la realidad es, a veces, muy diferente. Existen ciertas reglas en vigor que han perdido el valor funcional que las justificaba. Se mantienen en la lengua como vestigios del pasado, y por eso mismo son espontáneamente rechazadas por la lengua hablada, que sirve para la comunicación sin preocupaciones de estilo.

En este sentido, un cierto número de faltas aparecen como reflejo de la tendencia de la lengua a eliminar las estructuras vacías y las reglas que no presentan ningún valor funcional.

Fácil es recordar al respecto algunos ejemplos para ilustrar las tendencias de la lengua. Así, la concordancia del participio pasado, el abandono del pretérito indefinido, el valor modal del subjuntivo en una proposición subordinada, etc. (9). Una de las reglas más célebres de la gramática francesa es la

(8) Aparece, como es sabido, en el siglo XVII, en la época de Richelieu y Luis XIV, conjuntamente con la existencia de un estado centralizado y autoritario. El *bon usage* no es más que el de los círculos cerrados de las *bonnêtes gens* de París. Comentado y reglamentado por una pléyade de gramáticos, estará marcado por el deseo de pureza y de rigor de la doctrina clásica reinante. La Academia no será más que el depositario oficial.

(9) No hay que olvidar que M. FREI, en una obra de título tan significativo como la *Grammaire des fautes*, muestra cómo las faltas son, con frecuencia, los medios para poder compensar los déficits de la lengua y permitirle, por ende, responder a la función de comunicación que es la suya.

de la concordancia del participio pasado cuando ha de conjugarse con el verbo "avoir".

Las gramáticas normativas la formulan de la manera por todos conocida: el participio permanece invariable si va colocado antes del complemento directo y éste, a su vez, delante del verbo; concuerda en género y número con el complemento directo cuando éste precede al verbo. De hecho, la concordancia tiene lugar en los tres tipos siguientes de frases:

La lettre que j'ai écrite,
cette lettre, je l'ai déjà écrite,
quelle belle lettre j'ai écrite.

Estas gramáticas normativas invocan en favor de la regla:

- a) La tradición. Desde el siglo XVII se viene utilizando.
- b) La lógica. Desde este punto de vista, la regla está plenamente justificada.

Sin embargo, desde un punto de vista descriptivo habría que partir de hechos a los que da lugar la aplicación de la regla. Así observamos:

a) El campo de aplicación de la regla es muy reducido en la lengua hablada. En la lengua escrita la concordancia en género y número está marcada por la grafía:

La lettre que j'ai reçue,
Les lettres que j'ai postées.

En la lengua hablada, y por razones fonéticas, la regla no afectará más que a los participios pasados que posean una forma de femenino distinta del masculino:

instruit / instruite, écrit / écrite, etc.

b) Cualquier observador atento constatará el abandono de la regla y el número de faltas consiguiente en la lengua hablada. Frases como:

la nouvelle m'a pris au dépourvu
ça m'a surpris

en bocas femeninas son lo suficientemente corrientes como para que nadie se rasgue las vestiduras.

En lo que se refiere a la eliminación del pretérito indefinido (*passé simple*)

habría que decir que la oposición que existía en el siglo xvii se ha perdido como consecuencia de evolución del pretérito perfecto (*passé composé* o *indéfini*) que en la lengua hablada ha acaparado el valor del indefinido. No quiere decir ello que el indefinido sea una forma muerta y definitivamente caída en desuso. Tiene un empleo corriente en la lengua escrita como consecuencia de los valores estilísticos que puede ocasionar su utilización.

Para el valor modal del subjuntivo en proposición subordinada, la gramática normativa enseña reglas imperativas en cuanto al empleo de los modos se refiere. Recordemos, por ejemplo, cómo el apartado de las completivas enumera los verbos que necesitan el indicativo o el subjuntivo en la subordinada (verbos como *dire, penser, croire*, etc., en el primer caso, y verbos como *vouloir, désirer, souhaiter, craindre*, etc., en el segundo).

Habría que recordar también cómo viene impuesto el modo en diversas proposiciones circunstanciales en función de la conjunción o locución conjuntiva empleada. Fácil es comprobarlo en cualquier gramática normativa.

Es fácil adivinar también cómo, a pesar del fárrago de reglas y excepciones que condicionan la oposición significativa de los modos, en proposición subordinada, esta oposición se ha visto vaciada de su significación en la lengua hablada, ya que el subjuntivo es, la mayor parte de las veces, una servidumbre gramatical impuesta por el contexto léxico. Volvemos a lo de siempre, la oposición será significativa y, por tanto, utilizada con valor estilístico en el uso literario de la lengua.

Si en la sociedad en la que vivimos los mensajes llegan siempre de los emisores a los receptores, o no llegan, no se debe a la perfección o al mantenimiento del nivel empleado para alcanzar este fin, sino, esencialmente, al hecho de que las distintas partes en contacto utilicen el mismo nivel de lengua, la misma lengua en definitiva, o al menos niveles poco distantes entre sí para que una conversación o, si se prefiere, una traducción inmediata del uno al otro sea posible: si un intelectual entendiende a un campesino, es que el contenido del mensaje es relativamente común, accesible a cualquier no especialista, o bien que uno de los dos interlocutores ha hecho un esfuerzo consciente en sentido opuesto a sus propios usos lingüísticos o, quizá, que uno de los dos interlocutores posee los suficientes recuerdos de un origen social del que está prácticamente apartado.

Puede producirse una ósmosis individual de esta índole en casos precisos y particulares. Pero cuántas veces no llegará el mensaje. Vivimos de malentendidos engendrados por estructuras sociales que se prolongan hacia un lenguaje demasiado fiel al aislamiento de cada uno de nosotros en medio de todos. La ausencia de comunicación, tan frecuente en el género humano, prueba, si es que es preciso probarlo, la existencia de estas lenguas dentro de una misma lengua.

Dentro de esta línea, habría que decir que al observar la lengua de un

grupo determinado, habrá que verla como un problema de lengua, en tanto que si lo hacemos con la de un individuo que escoge libremente su registro, como un músico escoge la clave antes de componer, habrá que verla como un problema de estilo.

Por lo general, el receptor de un mensaje esperará siempre que haya una similitud de nivel entre la materia de este mensaje y los útiles lingüísticos utilizados para hacer de esta materia una forma. La inversión del orden de niveles llega a un resultado insólito, cómico incluso, resultado que, como sabemos, ha sido utilizado con harta frecuencia en el ámbito literario con procedimientos estilísticos muy variados.

Es así como el problema que venimos exponiendo desborda con amplitud el marco de la gramática propiamente dicha y puede ayudarnos a comprender mejor la complejidad y la diversidad extremas de los mensajes lingüísticos.

Lo que interesa en realidad es que tomemos conciencia, por nuestra experiencia y por la de los demás, de que una lengua como la francesa es formal y arbitraria, y de que procede de una centralización autoritaria que sostiene, permanentemente, una batalla cada vez más victoriosa contra la tendencia natural de la lengua de reflejar las diversidades regionales y sociales del conjunto de gentes que la utilizan.

No hay que olvidar que si las distintas lenguas francesas, dentro de una misma lengua francesa, aparecen sobre todo en sincronía, es igualmente frecuente que observemos el entrecruzamiento de ellas de una época a otra, dicho de otra forma, un término o un giro pueden pasar, en algunos años, en algunos decenios, o incluso en más tiempo, de un registro familiar a un registro noble, o a la inversa. Por ello, si queremos evitar errores de bulto en la comprensión de un texto antiguo, es absolutamente indispensable no desdeñar la gramática histórica o diacrónica, y tener en cuenta la evolución de la lengua y las variaciones que, en ciertos casos, pueden aclarar una dificultad lingüística o, más importante aún, revelar al lector apresurado una dificultad que no debía aparecer como tal.

Así, tras todo lo expuesto, llegamos a la conclusión del interés que posee un estudio de la lengua profundo en la óptica de la explicación de un texto, es decir, de la comprensión total de un mensaje literario cuyo sentido pueda estar más o menos oscuro por muchas causas y de las que, probablemente, no estén ausentes las lingüísticas, sean de carácter sincrónico o de carácter diacrónico. Adquirir el mayor número de conocimientos posible en todas las direcciones de la lengua no será, pues, erudición, sino un intento de dominar todos los peldaños de esa escalera que es el lenguaje y que separan a los hombres y, como consecuencia de ello, intentar encontrar las fuentes de una intercomprensión universal.